

Las contradicciones del desarrollo

CRECIMIENTO CON LIMITES

ESTE artículo sobre «Crecimiento con límites» me lo pidieron los amigos de TRIUNFO hace varios meses. Por entonces ya había sido yo invitado a participar en un Seminario sobre Grandes Dilemas Medioambientales, que estaba organizando Jaime Lleó de la Viña en el Centro de Perfeccionamiento Profesional y Empresarial del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid, y que se celebró a finales de febrero (1). Allí presenté un primer avance de este trabajo, explicablemente apresurado, porque tanto las lecturas como mi perspectiva del tema todavía se hallaban, en ese momento, en el típico estado coloidal del que aún no se sabe a ciencia cierta cómo se saldrá.

Después continué dedicándome a la cuestión, y seguí avanzando por un territorio que —como casi

mica es totalmente explícita, incluso por movimientos —algunos de ellos de gran número de adeptos— que preconizan planteamientos radicales del estilo del crecimiento cero.

Como hemos indicado más arriba, la exposición que hicimos en el Seminario sobre Grandes Dilemas Medioambientales se titulaba «Crecimiento con límites». En esa ocasión, nos pareció oportuno situar adecuadamente nuestra aportación en el contexto general de aquellas sesiones de trabajo.

Para ello, empezamos por recordar cuál es la acepción única que da el Diccionario de la Real Academia del término «dilema»: «argumento formado de dos proposiciones contrarias disyuntivamente, con tal artificio, que negada o concedida cualquiera de las dos, queda demostrado lo que se intenta probar» (2).

En realidad, con esta definición, la Academia incurre más bien en un retruécano, en vez de atenerse a su lema de «limpia, fija y da esplendor». Nos pareció interesante, por tanto, recurrir a otro diccionario —tal vez el más difundido de la lengua inglesa— el *Webster's*, cuya conceptualización del término resulta mucho más en consonancia con lo que normalmente se entiende —incluso entre nosotros— por dilema: «un argumento que ofrece a su oponente la elección entre dos o más alternativas, si bien, cualquiera que sea la que se elija, resulta igualmente contraria al mismo; situación que implica una elección entre dos alternativas análogamente insatisfactorias; problema difícil, que aparentemente no presenta una solución satisfactoria».

La última de las acepciones, que subrayamos, es la que estimamos más conveniente. En este sentido, los que vamos a analizar son, efectivamente, problemas difíciles y que aparentemente no presentan soluciones satisfactorias. En otras palabras —y así formulamos desde un principio la tesis a discutir—, si se sigue creciendo como hasta ahora, vamos hacia el abismo, y si dejamos de crecer como hasta ahora, se presentan nuevos planteamientos y necesidades de acción, que resultan extremadamente difíciles en cuanto a su aceptación generalizada, y más problemáticas aún en lo que respecta a su aplicación. Con la par-

ticularidad adicional de que tanto en el diagnóstico como en las soluciones existen —como es obvio en cualquier dilema— posturas encontradas, que son las que precisamente constituyen toda la vasta polémica de la que por lo menos en parte vamos a ocuparnos.

Como decía Schumpeter, al referirse a William Petty (a quien Marx llamó padre de la Ciencia Económica), los hechos sin teoría no son nada, y precisamente lo que trató de hacer Petty fue «dominar el material (estadístico) teóricamente en manera que hasta entonces nunca se había hecho. Para ello creó, para sí mismo, instrumentos teóricos, con los cuales intentó forzar el camino a través de la maleza de los hechos» (3).

Precisamente esto es lo que nos proponemos en nuestra exposición: abrimos camino a través de la maleza de hechos y tendencias que nos rodean, apreciando la calidad de las visiones teóricas que han ido formulándose, fundamentalmente en los últimos tiempos, en torno a la vasta polémica sobre los límites al crecimiento.

2. LOS ANTECEDENTES DE LA POLEMICA EN LOS CLASICOS (SMITH, MALTHUS, MILL) Y EN MARX

El crecimiento es un tema fundamental desde los mismos orígenes de la Ciencia Económica. El

(3) Joseph Schumpeter, «Economic Doctrine and Method. An Historical Sketch».

versión inglesa del original en alemán, George Allen and Unwin, 2ª Impresión, Londres, 1957, pág. 30.

Mansholt ha puesto el énfasis en la conservación de la Naturaleza y en la transformación de la sociedad en un mundo con poderes supranacionales.



Malthus marcó el comienzo de una corriente pesimista «vis à vis» la pujanza del capitalismo naciente.

siempre sucede— se reveló, al adentrarnos en él, mucho más vasto de lo que inicialmente habíamos pensado. Efectivamente, son muchos los autores que se han preocupado del crecimiento con límites o de los límites al crecimiento, hasta el punto que puede afirmarse que desde los mismos comienzos de la Ciencia Económica es posible hallar puntos de vista en torno a la cuestión, lo que revela la existencia de una polémica implícita. Claro es que hoy la polémica

(1) Mi ponencia se titulaba «Crecimiento con límites», precisamente el título que hemos mantenido para el presente artículo.

(2) Del latín *dilemma*, y éste del griego *δίλημμα*; de *δίς* dos, y *λήμμα*, premisa.



«Los pueblos de los países menos desarrollados y las clases sociales menos favorecidas no pueden sentarse a la puerta de su casa a ver pasar el cadáver de su enemigo...».

Ramón Tamames

propio Adam Smith en su «Riqueza de las Naciones» se planteó la forma en que el dividendo nacional podría crecer más rápidamente. Para ello preconizó el progreso en la división del trabajo, y vio su complemento en una máxima proporción de trabajo productivo (4).

Por supuesto, Smith no hacía sino sistematizar y racionalizar las tendencias de la economía británica de entonces, que anunciaban una verdadera revolución: la sustitución del rígido orden mercantilista por una nueva era de mayor flexibilidad, de libre cambio en el comercio internacional y de supresión de los vestigios feudales e

intervenciones estatales en lo interno. De esta forma quedarían eliminados los obstáculos institucionales que frenaban una rápida expansión potencial ya perfectamente posible en base a la nueva tecnología posnewtoniana (Revolución Industrial). Se abría así una era de optimismo, de confianza en la capacidad creadora del hombre, de crecimiento sin límites, imprevisibles por el momento. Lo cual resultaba bastante lógico en un mundo escasamente poblado y con amplios espacios vírgenes. En esa perspectiva prometedora, Inglaterra sería la potencia dominante, y sólo paulatinamente irían surgiendo nuevos focos de industrialización, con la progresiva aplicación del maquinismo en los que por entonces se llamaban «los países civilizados»; que abarcaban poco más que Europa Occidental.

La concepción de los «economistas clásicos» en su optimismo

sobre el futuro fue perturbada primeramente por Thomas Robert Malthus, quien en 1798 publicó su obra principal. Un libro que aún sigue siendo ampliamente controvertido y cuyo título (5) es bien expresivo sobre la polémica, que ya por entonces estaba planteada en torno a la expansión demográfica y a las disponibilidades futuras

(5) Su título completo es «An Essay on the principle of population as it affects the future improvement of society, with remarks on the speculations of Mr. Godwin, Mr. Condorcet and other writers». Existe una edición reciente de Penguin Books, Londres, 1970. Sobre la penetración de las ideas de Malthus en nuestro país (muy anterior —1808— a la traducción completa de su libro —1845—) puede verse la reciente aportación de Vicente Lombart, «Anotaciones a la introducción del Ensayo sobre la población, de Malthus en España», en *Moneda y Crédito*, núm. 126, septiembre 1973, páginas 79-86. Subrayemos también que el enfoque de Malthus tiene no pocos precedentes en el fisiócrata francés Quémay,

de recursos y, dentro de éstos, fundamentalmente respecto de los alimentos.

Malthus marcó el comienzo de una corriente pesimista *vis à vis*, la pujanza del capitalismo industrial naciente. Desde entonces, siempre ha habido malthusianos, y ahora neomalthusianos, que han tratado de frenar —por lo menos, en el campo dialéctico— el crecimiento sin límites. Sin embargo, los contradictores de Malthus también fueron —y son— de una potencia indudable. En apariencia paradójicamente, en el frente antimalthusiano confluyeron católicos y marxistas. Los primeros, por razones religiosas de oposición al control de la natalidad, en base al mensaje natalista del Antiguo Testamento (6).

(6) Que se refleja claramente en el «Génesis» (1, 27 y 28): «Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios ▶

(4) A. Smith, «Riqueza de las naciones», versión española, de Amando Lázaro Ros, Aguilar, Madrid, 1956, especialmente págs. 3 y 4. La edición príncipe data de marzo de 1776. La versión española es traducción de la quinta edición inglesa —de 1789—, la última que revisó el propio Smith.

CRECIMIENTO CON LIMITES

Por su parte, los marxistas, desde el propio Marx, entendieron que la tesis de Malthus no hacía otra cosa que disculpar a los propietarios y acusar a sus víctimas, «los obreros prolíficos», cuando la realidad era muy otra: la miseria no proviene de un número excesivo de habitantes, sino de la persistencia del modo de producción capitalista, es decir, del régimen de propiedad privada y de todas sus secuelas. Más concretamente, en su «Teoría de la plusvalía», Marx no dudó en afirmar que «el odio de las clases trabajadoras contra Malthus —el párroco charlatán, como brutalmente le llamó Cobbet— estaba plenamente justificado. El pueblo tenía razón en esto, al sentir instintivamente que se enfrentaba no a un hombre de ciencia, sino a un abogado que había sido comprado, a un defensor representante de sus enemigos, a un desvergonzado sicofante de las clases dirigentes» (7).

Para entender en su contexto la posición de Marx en este tema concreto, es preciso recordar que «El capital» es una crítica del modo de producción capitalista, expresión que nunca definieron de forma expresa ni Marx ni Engels, y que tal como ha subrayado en un reciente trabajo Marta Hanecker, «es el concepto que nos permite pensar y conocer una totalidad social» (8). En este sentido, el modo de producción lo constituye una estructura global, que está formada a su vez por tres estructuras parciales: económica, jurídico-política (leyes, Estado, etcétera) e ideológica (ideas, costumbres). En la estructura global, una de las estructuras parciales domina siempre a las otras dos. Pero no es la estructura económica la que necesariamente domina, como tan frecuentemente pretenden algunos vulgarizadores del marxismo, si bien es cierto que la estructura económica —como conjunto de re-

laciones de producción y de cambio— es la que condiciona cuál de las estructuras parciales desempeñará el papel dominante.

En definitiva, frente al «estado estacionario» de los clásicos, Marx entiende que el modo de producción del capitalismo es incompatible con una solución evolucionista del tipo que según veremos después preconiza Mill. «El monopolio del capital —dice— se convierte en el grillete del modo de producción que ha crecido con él bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados» (9). La alternativa, al crecimiento capitalista y a su futuro de «estado estacionario», no es otra, pues, que el cambio revolucionario al socialismo, al comunismo.

Para Marx, el modo de producción capitalista implica además para cada trabajador una actividad específica, alienante, de la cual no se puede salir —socialmente— sino cambiando el propio modo de producción en su conjunto. En un conocido pasaje, Marx ilustra lo que en esta materia podría suponer el paso del capitalismo al comunismo: «... Cuando se distribuye el trabajo, a cada hombre le toca una esfera de actividad particular y exclusiva, una esfera que le es impuesta y de la cual no puede escapar. Es cazador, pescador, pastor o crítico, y lo ha de seguir siendo, si no quiere perder sus medios de vida o de subsistencia; en cambio, en la sociedad comunista, donde nadie está limitado a una esfera exclusiva de actividad, sino que puede realizar su personalidad en la esfera que más le plazca, la sociedad regula la producción general y le permite (al hombre) hacer hoy una cosa y mañana otra, cazar por la mañana, pescar por la tarde, criar ganado al atardecer y dedicarse a la crítica después de cenar, sin convertirse nunca en cazador, pescador, pastor o crítico» (10). Esta vida multifacética, libremente elegida, se convierte en un ideal análogo al que intentan vislumbrar los críticos de la sociedad consumista actual en sus planteamientos generales y en torno al tema de la vida cotidiana.

La segunda posición importante y clara entre los economistas clásicos —aparte de los precedentes importantes de David Ricardo— (11) contra el crecimiento ilimitado de la Economía, hay que verla en John Stuart Mill.

John Stuart Mill, en sus «Principles of Political Economy» (12), y concretamente en su capítulo VI, se refirió de forma amplia al estado estacionario. Un concepto que después resurgiría en la literatura económica fundamentalmente con Alvin Hansen, de quien luego trataremos, aunque en circunstancias bien distintas de las imperantes en tiempos de Mill; esto es, cuando el estado progresivo, de crecimiento ilimitado de los economistas clásicos ya se veía en serias dificultades a causa de los elementos desencadenados por la Gran Depresión que dio comienzo en 1929.

En ello radica precisamente la grandeza de la concepción y perspectiva de Mill, que supo anticiparse. Es decir, no formuló su teoría del estado estacionario bajo la presión de una crisis general ya existente en el sistema, sino como algo lógico e inevitable al final de una larga fase de crecimiento. «¿A qué punto último tiende la sociedad —es lo que él preguntaba— con su progreso industrial? Cuando el progreso cese, ¿en qué condiciones podemos esperar que dejará a la Humanidad?» («Principles», pág. 111).

Mill fue terminante, pues tomó como punto de partida de toda su argumentación el principio de que el crecimiento de la riqueza no puede carecer de límites. Para él era completamente lógico que al final del estado progresivo habría de llegarse al estado estacionario, por mucho que les costase aceptarlo a quienes por entonces identificaban todo lo económicamente deseable con el estado progresivo. Todavía hoy, en 1974, son muchos quienes —nadando ya en la opulencia— creen que el progreso material puede ser indefinido. Se resisten a aceptar la idea de un techo de población a su país y de un tope al PNB como si éste fuera una especie de cuerno de la abundancia sin fin de toda clase de cosas, indiscriminadamente útiles e inútiles, ventajosas y perjudiciales.

Mill reconoció a Malthus como el primero en advertir seriamente sobre el problema de la expansión sin freno de la población, que, con el tiempo, podría llegar a aventajar el propio crecimiento del capital, de forma tal que incluso en

pleno estado progresivo la condición de los más pobres descendería a su punto más bajo.

Pero comparativamente con Malthus, en Mill la argumentación se enriqueció de modo notable. Ya no se trata sólo de un problema de subsistencias. Mill es el primero en fijarse en los dolores del crecimiento, y por ello contempla el estado estacionario sin aversión. Nos confiesa que no le encanta la idea de que el estado normal de los seres humanos sea el de luchar permanentemente para hacerse un hueco. Textualmente no acepta que «el pisotearse, empujarse, darse codazos y propinarse patadas en los tobillos unos a otros, todo lo cual constituye la forma actual de vida, sea la más deseable suerte del género humano o que simplemente todo ello no represente sino los síntomas más desagradables de una de las fases del progreso industrial» («Principles», pág. 113).

En este sentido, John Stuart Mill subraya que sólo en los países más atrasados del mundo sigue siendo un objetivo importante el aumento de la producción, «en tanto que en los más avanzados lo económicamente necesario es una mejor distribución, para lo cual uno de los medios indispensables es un freno más estricto de la población» («Principles», pág. 115).

Sin embargo, el objetivo de acabar con la lucha cotidiana a lo largo de toda la vida, y el propósito de redistribuir e igualar, no son las únicas ventajas que Mill aprecia en el estado estacionario. Hay una tercera razón, que muchos no vacilarían en calificar de «la más moderna», puesto que engarza con toda una óptica de valores estéticos y también —implícitamente— ecológicos. Esto se ve claramente en la última selección de párrafos que transcribimos del gran economista:

«Sin duda hay espacio en el mundo, incluso en los países viejos, para un gran aumento de población... Pero veo muy pocas razones para deseárselo. La densidad de población necesaria para permitir a la Humanidad obtener, en el más alto grado, todas las ventajas, tanto de la cooperación como del intercambio social, se ha alcanzado ya en los países más populosos. Una población puede resultar excesiva aunque esté ampliamente alimentada y vestida. Sería un ideal muy pobre un mundo del cual se extirpase la soledad. La soledad, en el sentido de estar solo con frecuencia, es esencial para cualquier nivel de meditación o de carácter, y la soledad en presencia de la belleza y grandiosidad de la naturaleza es la cuna de los pensamientos y de las aspiraciones que son buenos para el individuo, y sin los cuales no podría pasarse la sociedad. Tampoco sería para estar satisfechos el contemplar un día un mundo en el que no quede nada para la

lo creó, y los creó macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles: "Procread y multiplicad, y henchid la Tierra; sometida y dominada sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la Tierra".»

En realidad, el natalismo es la mayor defensa de los pueblos perseguidos, amenazados, o esclavizados. También en la Biblia («Exodo», 1, 6 a 9) se aprecia esto claramente en el período de servidumbre del pueblo de Israel en Egipto:

«Murió José y murieron sus hermanos y toda aquella generación. Los hijos de Israel crecieron y se multiplicaron, llegando a ser muchos en número y muy poderosos, y llenaban aquella tierra. Alzose en Egipto un Rey nuevo, que no sabía de José, y dijo a su pueblo: "Los hijos de Israel forman un pueblo más numeroso que nosotros. Tenemos que obrar astutamente con él, para impedir que siga creciendo y que, si sobreviene una guerra, se una contra nosotros a nuestros enemigos y logre salir de esta tierra".»

(7) «Marx and Engels on Malthus», editado por Ronald L. Meek. International Publishers (1954), citado por William J. Barber en «A History of Economic Thought», op. cit. pág. 151.

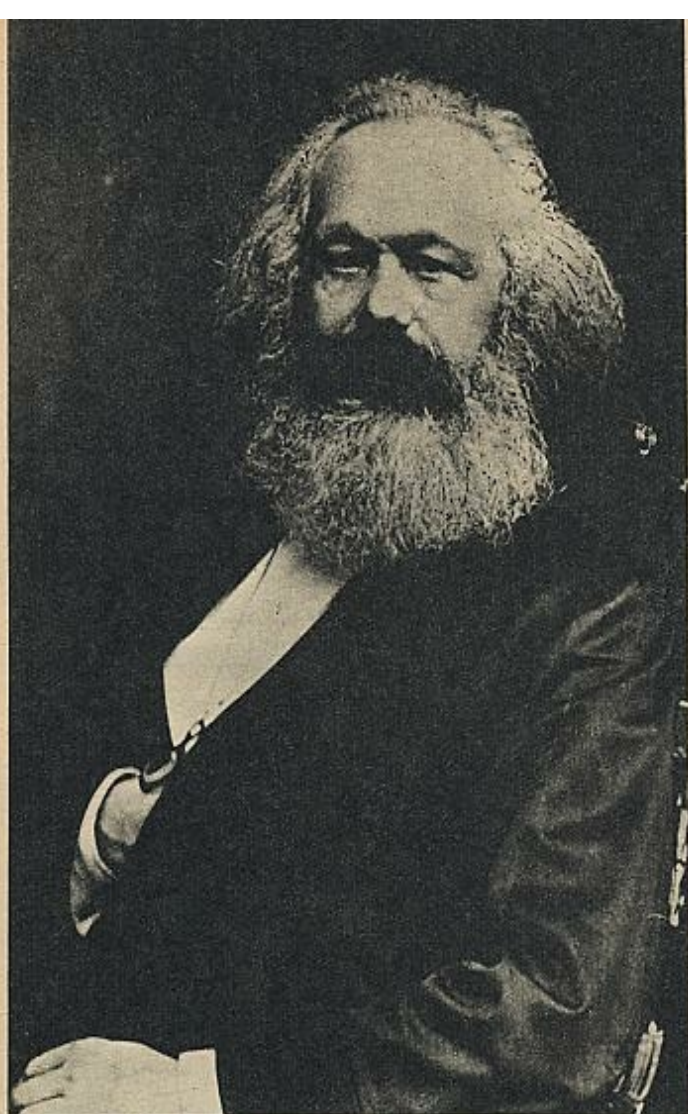
(8) En «El Capital: conceptos fundamentales», Siglo XXI de España, Madrid, 1974 (primera edición en Santiago de Chile, noviembre de 1970), pág. 15.

(9) Carlos Marx, «El Capital», versión española de Wenceslao Roces, FCE, México, 1946, Vol. I, págs. 648 y 649. Roces traduce «régimen de producción» en vez de modo de producción. Esta segunda expresión, que nos parece más correcta, es la que hemos introducido en su traducción.

(10) Del capítulo «Relación del hombre con el trabajo, del hombre con el hombre y del hombre con el estado», en la antología de Marx titulada «Teoría Económica», edición y selección preparadas por Robert Freedman, versión española, Ediciones Península, Barcelona, 1968 páginas 294.

(11) Son interesantes las apreciaciones que sobre este tema en Ricardo se hacen por William J. Barber, «A History of Economic Thought», Penguin, Londres, 1960, páginas 87 a 89.

(12) La primera edición de los «Principles» data de 1848. Para este trabajo hemos utilizado la versión editada por Donald Winch (para Pelican Classics, Penguin, Londres, 1970), que se basa en la última edición de Mill, de 1871.



Los marxistas, desde Marx, entendieron que la tesis de Malthus no hacía sino disculpar a los propietarios y acusar a sus víctimas, «los obreros prolíficos»...

vida espontánea natural; la tierra cultivada hasta el último ápice... todas las tierras de pastos aradas... con todos los cuadrúpedos o pájaros que el hombre no puede domesticar, exterminadas por ser sus rivales en la alimentación... Si la tierra tiene que perder esa gran porción de lo que en ella es agradable, y que se debe a cosas que el crecimiento ilimitado de la riqueza y de la población habrían de extirpar, para poder soportar una población más amplia, pero no más feliz, sinceramente espero, para bien de la prosperidad, que los partidarios del estado progresivo se conformarán con ser estacionarios mucho antes de que la necesidad les obligue a ello» («Principios», pág. 116).

En realidad, en las palabras de Mill hay toda una secuencia de grandeza mental, de previsión a muy largo plazo. Con él, lo sustancial del gran debate en su primera fase nos parece que queda cerrado. En lo sucesivo, la discusión se hará en otras circunstancias, bien de crisis económica, bien de crisis global ecológica. Ya no será —sobre todo en su etapa actual— una polémica serena, de filósofos o economistas para minorías más o menos nutridas. Por el contrario, se tratará de una agria y extrema controversia, en la que no se vacilará en recurrir a toda clase

de informaciones, hipótesis, utopías y hasta encubrimientos y exageraciones.

3. EL REPLANTEAMIENTO DE LA POLEMICA: KEYNES «VERSUS» HANSEN

En realidad, sería inacabable seguir la polémica a través de todos sus detalles observables, especialmente si tenemos en cuenta que sus orígenes pueden encontrarse en tiempos aún más remotos (por ejemplo, Platón, con su diálogo sobre «La República»), como ha puesto de manifiesto recientemente Alfred Sauvy (13). Por ello, nos hemos limitado al arranque de la polémica en su fase moderna (Smith, Malthus, Mill y Marx), haciendo después abstracción de toda una serie de protagonistas de la larga discusión hasta bien avanzado nuestro siglo.

Si se nos disculpa el amplio lapso, reanudaríamos nuestro recorrido en los años treinta, durante la Gran Depresión, cuando se formularon toda una serie de tesis sobre el estancamiento en que por entonces se debatía la economía capitalista.

(13) En su libro, «Croissance Zero?», Calmann-Lévy, París, 1973, especialmente páginas 15 a 20 (existe versión española de DOPESA, Barcelona, 1973).

Con la depresión iniciada en 1929 parecía como si el capitalismo hubiese entrado en una fase de freno definitivo, si no de desaparición o de colapso del propio sistema (14). Resurgió así la tesis de John Stuart Mill —explícitamente reformulada por Alvin Hansen— del «estado estacionario» (15). La falta de oportunidades de beneficio —venía a decir— inducía una escasez de inversiones y, de este modo, el estancamiento inicial tendía a convertirse en un fenómeno permanente, a largo plazo. Tesis frente a la cual lo que hoy llamamos la revolución keynesiana aparecía como una réplica esperanzadora para el capitalismo. Keynes no aceptaba el estado estacionario de la depresión. El «impasse» podía romperse por medio del gasto público, las políticas monetarias y fiscal y otros instrumentos. Claro es que, a largo plazo, Keynes tenía ideas muy distintas —aceptando incluso lo que hoy llamamos crecimiento cero—, como puede apreciarse en sus «Ensayos sobre persuasión».

Para ser justos habría que citar, en estos años de incertidumbre en la economía capitalista, los planes quinquenales soviéticos. En cierto modo, se configuraban como el puente entre el presente y el futuro, como proyectos para la construcción de una nueva economía y de una nueva sociedad sin clases, con posibilidades ilimitadas de crecimiento a base de aprovechar los amplios recursos del inmenso espacio del antiguo imperio zarista, poniendo en tensión todas las fuerzas creadoras del nuevo sistema socialista recién surgido a la vida histórica. En esta fase inicial del socialismo, la lógica del crecimiento acelerado, con todas las aberraciones que después puedan haberse apreciado en la crítica del stalinismo, es indudable: o crecer o morir, o el socialismo, aunque fuese (o precisamente porque históricamente era así) en un solo país, había de reforzarse para resistir los embates del capitalismo. De otro modo, el peligro de perder era más que evidente. Otra cosa bien distinta —según veremos luego— es el crecimiento actual y futuro en los países socialistas.

(14) A. Hansen, «Full recovery or stagnation», Nueva York, 1938. Del mismo autor, «Economic progress and declining population growth» en *American Economic Review*, marzo de 1939; existe versión española en el volumen «Ensayos sobre el ciclo económico», seleccionados por Gotfried Halperier, 2.ª edición, FCE, México, 1956, págs. 379 a 387.

(15) De esta época son libros como el de John Strachey «The Coming Struggle for Power», Victor Gollancz, 4.ª edición, Londres, 1934, donde se afirmaba (pág. 8) «que todo el mundo capitalista se encuentra camino de la barbarie». Por la misma época Arthur Salter (en «The Second Effort», G. Bell & Son, Londres, 1934) decía: «Los defectos del capitalismo han venido privándonos cada vez más de sus beneficios. En la actualidad, están amenazando su existencia» (pág. 180).

4. LA POLEMICA EN SUS TERMINOS ACTUALES. UN INTENTO DE SISTEMATIZACION

Fue tras la secuencia «Gran Depresión/segunda guerra mundial/reconstrucción económica/guerra fría», cuando la polémica sobre los límites del crecimiento surgió con toda su fuerza y se difundió a múltiples niveles, sobre todo en los países desarrollados. En combinación, ciertamente, con los estudios de prospectiva, que ya a mediados de la década de 1960 empezaron a cobrar un importante impulso (16).

En lo que sigue haremos una revisión de las tesis que sobre el futuro del crecimiento han enunciado en los últimos años toda una serie de autores. Sin pretensiones ni mayorativas ni peyorativas, los clasificamos en orden decreciente en cuanto a su expansionismo, es decir, según su posición en el amplio espectro que va desde el «crecimiento sin límites» hasta «el crecimiento cero» (17):

1. Los capitalistas más expansionistas: C. Clark, W. W. Rostow y H. Kahn.

2. Los comunistas y socialistas más desarrollistas.

3. Expansivos con tendencia como máximo a frenar el crecimiento de forma persuasiva y con énfasis en la reestructuración del modelo actual: la «escuela francesa», que con algunas reservas consideramos formada por Sauvy, Chévenement, Faure, Barre y la crítica de Ph. D'iradler.

4. La consideración de los grandes problemas ecológicos, con la esperanza de un reajuste por la acción del propio sistema de economía mixta: P. A. Samuelson.

5. El énfasis en la conservación de la naturaleza y en la transformación de la sociedad en un mundo con poderes supranacionales (Saint Marc y Mansholt).

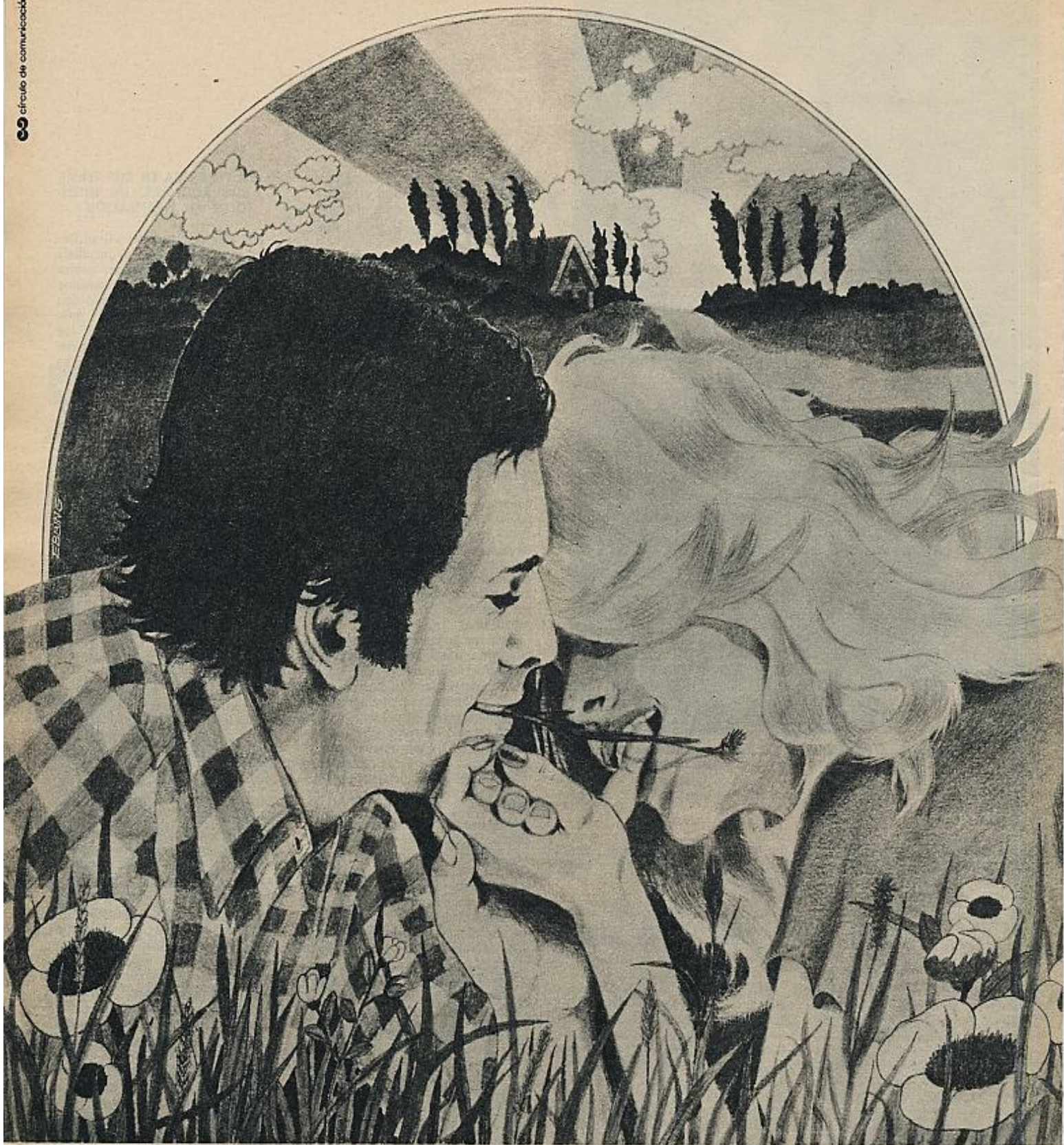
6. Dos economistas radicales: K. Boulding y R. Heilbroner.

7. Construcción de una utopía razonable: el caso de René Dumont.

8. Los límites al crecimiento ante la amenaza global del agotamiento progresivo de los recursos y la degradación del medio: el In-

(16) A este campo de la previsión a largo plazo tuve ocasión de referirme, con carácter muy general, en el artículo «1985, así puede ser España», que publiqué en los números 800 y 801 de *Actualidad Económica*, 14 y 21 de julio de 1973.

(17) No se trata en realidad de un intento de resolver en una clasificación lineal, como en un continuo, la multitud de matices que pueden apreciarse en las diferentes opiniones. Tal como puso de relieve Amando de Miguel en el Seminario sobre Grandes Dilemas Medioambientales, habría que dar entrada a dos, tres, e incluso más elementos, para encajar con cierta precisión cada punto de vista sobre el tema. Creo que tal apreciación es acertada, pero después de reflexionar, me parece que en vez de un intento taxonómico con pretensiones de gran rigor, lo que ahora nos interesa es ver las distintas posiciones en una presentación menos rígida, todavía con ciertas holguras.



Una brizna de yerba.

Unas gotas de yerba de Lin Abart. Una brizna de frescor, una brizna de optimismo, una de naturaleza y otra de personalidad. A eso se le llama empezar bien el día.

A ella y a él no les gusta oler a colonia. Buscan algo diferente tonificante que incorporar a su personalidad siempre al día. Por

eso jamás salen de casa sin su brizna de yerba.

Ellos saben que la auténtica YERBA, la yerba más personal, la mejor, es la de LIN ABART y no aceptan otra en su cuerpo.

YERBA de LIN ABART
La auténtica



forme del MIT para el Club de Roma.

9. Partidarios explícitos del crecimiento cero: P. Erlich, R. Carson, B. Commoner y otros.

Dedicaremos un cierto espacio a estos nueve grupos representados por sus protagonistas fundamentales, no sin antes insistir en el carácter no exhaustivo ni de la relación de grupos ni del contenido de cada uno de ellos.

5. LOS CAPITALISTAS MAS EXPANSIVOS

Walt Withman Rostow, el historiador y economista norteamericano, es conocido mundialmente por su teoría sobre «las etapas del crecimiento económico» (18). En su celebrado libro del mismo nombre, Rostow propone identificar las distintas sociedades, según su actuación en el proceso de crecimiento económico, en una concreta de las siguientes etapas: sociedad tradicional, condiciones previas para el despegue, despegue (*take-off*), camino hacia la madurez y era del alto consumo en masa. Teóricamente, cada país, en un momento dado, se encuentra en una de estas etapas, y todos los países que aspiran a crecer han de pasar más o menos nitidamente por cada una de ellas.

Si adoptásemos, sin más, el esquema de Rostow —y dejando aparte el complejo problema del dualismo existente en cualquier sociedad capitalista— podríamos decir, a título ilustrativo, que Nepal se encuentra hoy en la fase de sociedad tradicional, México se halla en las condiciones previas para el despegue; Italia, en despegue ya avanzado; Francia, camino de la madurez; en tanto que en Estados Unidos viven en la era del alto consumo en masa.

Esquemáticamente al máximo, la visión teórica de W. W. Rostow hace pensar como si cada país hubiese de «esperar su turno», o más dinámicamente, como si no tuviese más remedio que «ir saltando las vallas» de una etapa a otra, para al final alcanzar la del alto consumo en masa. Aparte de que en esta tesis se desconoce la limitación insoslayable de recursos y la imposibilidad material, por tanto, de que todos lleguen a disfrutar de un consumo al estilo de Estados Unidos (con todas las contradicciones a nivel mundial que esto puede plantear), lo cierto es que a los propios países que ya se encuentran en el último estadio del esquema se les presentan no pocos problemas. Al término del «camino de perfección», la perfección tampoco existe.

En la fase final del proceso, la

(18) «The stages of economic growth», publicado por primera vez en 1952. La segunda edición, en W. W. Norton and Company, Nueva York, 1962. Existe versión española del Fondo de Cultura Económica, 3.ª edición, México, 1965.



CRECIMIENTO CON LIMITES

sociedad se urbaniza hasta límites entonces inconcebibles. Las industrias más prósperas son las que atienden el consumo masivo de toda clase de bienes duraderos. El pujante sector terciario llega a superar en porcentaje de población activa a los otros dos grandes sectores. La sociedad se motoriza fuera y dentro de las viviendas ampliamente mejoradas, y respecto a la semana de trabajo, ya reducida a cinco días, empieza a preverse una nueva reducción que proporcione tres días de ocio más que de descanso.

Según Rostow, en la sociedad de alto consumo en masa empieza a meditar sobre qué hacer en el futuro: ¿incrementar el consumo?, ¿ampliar la dimensión de la familia como sólo transitoriamente sucedió en Estados Unidos después de la segunda guerra mundial? ¿o, simplemente, dedicar más tiempo al esparcimiento y al cultivo personal? En cierto modo, son las mismas opciones de la tercera generación de los héroes de Thomas Mann en «Los Buddenbrook», después de que sus antecesores hubieron paladeado el sabor de la riqueza y del poder.

Claro es que paralelamente a la aparición de esa sociedad de consumo en masa (la «sociedad opulenta» a que se han referido Galbraith y Myrdal con toda sus secuelas de corrupción pública, vicio, crimen, abandono de los servicios colectivos, indisciplina social generalizada, falta de ideales comunes, egoísmo individual, etcétera), en otros países se aprecian más claramente que nunca las di-

ficultades para el desarrollo. Cabría pensar, pues, y no sin cierta ingenuidad, que el hombre desarrollado ahito de guerra, poder y riqueza, cansado de la sociedad opulenta, tal vez podría decidirse a ayudar de forma decisiva a su hermano postrado en la ignorancia, la enfermedad y la pobreza. Postura que ya se ha preconizado en la UNCTAD, desde 1964 en Ginebra a 1972 en Santiago de Chile, pasando por Nueva Delhi en 1968, y hasta el momento sin ningún éxito espectacular.

Esa sociedad humanista a nivel mundial —que pondría verdadero fin a la prehistoria inhumana de la Humanidad— sería tal vez la última y deseable etapa del crecimiento económico, no prevista en el esquema rostowniano, en el que, por otra parte, no se analizan los pasos de una a otra fase con la visión dialéctica que sería precisa. El modelo es sugestivo, pero los hombres de los países menos desarrollados (PMD) no pueden esperar a que la cadencia desde la sociedad tradicional hasta el consumo en masa se cumpla parsimoniosamente según una especie de esquema de inspiración sobrenatural. De ahí que en nuestra época de aceleración, los pueblos de los países menos desarrollados y las clases sociales menos favorecidas —o los simplemente ahitos de la sociedad de consumo y de su hipócrita falta de solidaridad humana— no puedan «sentarse en la puerta de su casa a ver pasar el cadáver de su enemigo».

En este sentido, es cierto que en los grandes países industria-

les hay ya toda una «quinta columna» —muchos de los estudiantes, buena parte de los intelectuales, las masas partidarias de la paz y contrarias a toda clase de segregaciones o racismo— favorable al cambio. Se trata de un gran efectivo progresista nuevo, distinto de la tradicional fuerza de las clases trabajadoras, que en buena parte, sería estúpido negarlo, se hallan integradas en el sistema. Pero también es verdad que esa «quinta columna», objeto de interesantes análisis por personas tan dispares como Marcuse, Sartre o Chomsky, probablemente no será capaz por sí sola de materializar el embrion de socialismo que el propio capitalismo lleva en su matriz. Para poner en marcha un desarrollo integral a escala universal. Pero sí es posible que allada con una parte importante de las fuerzas trabajadoras y con los desfavorecidos del Tercer Mundo pueda llegar a ser una de las artífices del nuevo alumbramiento.

Sin embargo, no cabe duda de que es sobre todo en la estructura económica internacional de nuestro tiempo donde se aprecian síntomas de que puede quebrarse la dicotomía, que nos parecía «eternamente desfavorable», entre países desarrollados y subdesarrollados. La crisis energética y de materias primas que se inició en 1973 ha venido a plantear nuevas situaciones de transferencia de recursos financieros de los primeros a los segundos en cifras inimaginables hace sólo unos pocos años.

Desde luego, en otros momentos históricos se han presentado crisis en este o aquel grupo de productos, con el mismo carácter súbito y con análoga intensidad que hoy (19); para después, por el juego de las relaciones de sustitución y por la incidencia de los altos precios en las inversiones, transformarse las situaciones de penuria en otras de sobreabundancia. Y puede suceder, pues, que por esas mismas razones los niveles relativos de precios que hoy contemplamos en el mercado mundial de la energía y de las materias primas no se mantengan indefinidamente a cotas tan elevadas.

Pero no olvidemos que la crisis actual de precios se inserta en un nuevo contexto —con base real— de psicosis de escasez, o de temor a la escasez de recursos no renovables. Se trata, por tanto, de una situación por lo menos nueva en este aspecto. De ahí, que la ayuda que durante decenios se negaron a prestar los desarrollados a los subdesarrollados, ahora van a tener que otorgársela en forma de altos precios por sus materias primas y recursos energéti-

(19) Es muy interesante, a este respecto, el repaso de quince crisis habidas desde 1945 que se hace en el artículo «The coming glut of energy» («El próximo hartazgo de energía», literalmente), publicado en The Economist del 5 de enero de 1974, páginas 13 a 15.

CRECIMIENTO CON LIMITES

cos. Cosa bien distinta, desde luego (y en la que ahora no vamos a entrar aquí) es si en los países subdesarrollados, sus gobiernos, generalmente oligárquicos, van a dedicar esos ingentes fondos financieros al desarrollo integral de sus países; o si, por el contrario, van a devolverlos, al menos en parte importante, a los propios desarrollados a través de inversiones productivas en ellos o mediante operaciones más o menos especulativas. . . .

Como se recordará, también

truirían «palacios flotantes en alta mar, lo que liberaría todavía más tierra para el cultivo...», y lo mismo sucedería «si la gente aceptase residir en zonas de clima frío, donde el sacrificio de tierra cultivable tendría menos importancia que en las tierras cálidas», llegando a proponer incluso el poblamiento de Groenlandia. Aceptando incluso que fueron algunos centenares de miles los que quisieron habitar en esas latitudes, el planteamiento de Colin Clark nos parece sin sentido. Recordemos las reflexiones finales que más arriba

Estados Unidos de 1964) en que cada uno de ellos podrían situarse al final del presente milenio. Esas categorías eran las siguientes:

1. Preindustrial: 50 a 200 dólares «per cápita».
2. Industrialización parcial o de transición: 200 a 600.
3. Industrial: 600 a 1.500.
4. Consumo en masa o industrial avanzado: quizá de 1.500 dólares a algo más de 4.000 dólares «per cápita».
5. Posindustrial: Algo por encima de 4.000 dólares hasta quizá los 20.000 dólares «per cápita».

La hipótesis segunda, de guerra nuclear, no resultó —lógicamente— cuantificable, y la tercera (el mundo en una fuerte crisis económica) tampoco fue objeto de cuantificación, si bien Kahn y Wiener hicieron una serie de reflexiones, entre las cuales incluyeron una muy conocida referente a España (22).

Básicamente, la crítica que se ha hecho y que nosotros hacemos al grupo del «Año 2000» es bien sencilla. Aun tomando un número importante de variables, Kahn y Wiener se limitaron a extrapolar las tendencias del pasado; sin considerar que el crecimiento exponencial, e incluso superexponencial en algunos países industriales (por ejemplo Japón durante los años 50-60) conduce en el límite a resultados «teóricos» literalmente absurdos. Fijémonos, por ejemplo, que un crecimiento al 5 por 100 acumulativo conduciría desde la base 1965 = 100 a un volumen de PNB de 552 en el año 2000 y a 6.325 en el año 2050. En tanto que con el 7 por 100 se llegaría a 1.067 y a 31.449 en los años 2000 y 2050, respectivamente. ¿Y qué sucedería si en vez de aplicar esos ritmos de crecimiento «europeos» introdujésemos uno de intensidad japonesa del 12 por 100 (el promedio alcanzado por los nipones en los años 60)? Los resultados serían, simplemente, alucinantes: con base = 100 en 1965 se alcanzaría un PNB de 5.913 en el año 2000 y de 1.709.028 en el 2050. Se trata, pues, por simple reducción al absurdo, de algo totalmente imposible, pues eso significaría que en el año 2000 Japón habría de tener un PNB de alrededor de 6.000.000 de millones, esto es, seis billones de dólares de 1964. Es decir, algo así como cinco veces el PNB de EE. UU. en 1973. ¿Quién puede creer esto? ¿De dónde surgirían las materias primas y los recursos energéticos para hacer posible tan monstruoso Japón? ¿Dónde tendría que ingenárselas este país para verter sus desechos industriales?

En definitiva, y como después tendremos ocasión de reiterar, en sus primeros estudios el grupo del «Año 2000» cayó en la euforia de las extrapolaciones exponenciales, sin tener en cuenta algo tan simple como que el crecimiento infinito es imposible en un mundo finito. ■

(22) El «Año 2000», Op. cit., págs. 423 a 425.

En el próximo número: **Comunistas y socialistas desarrollistas. La escuela francesa. La consideración de los problemas ecológicos.**



Hermann Kahn (en la foto) y Wiener cayeron en la euforia de las extrapolaciones exponenciales, sin tener en cuenta algo tan simple como es que el crecimiento infinito es imposible en un mundo finito.

dentro del grupo de los capitalistas desarrollistas sin límites, incluíamos a Colin Clark. La visión de Clark es mucho menos sistemática que la de Rostow, diríamos incluso que más desenfadadamente optimista, hasta caer en las secuelas de la prospectiva, es decir, la ciencia-ficción, que en este caso sería mejor denominar ficción pseudocientífica. En su libro «Abundancia y hambre» (20), Colin Clark prevé posibilidades ilimitadas de población en nuestro planeta en términos de que se consi-

citábamos de J. S. Mill, para no necesitar de más críticas de esta posición «optimista».

. . .

En EE. UU. entre los desarrollistas hay que destacar la posición, también de crecimiento sin límites, del Instituto Hudson, y fundamentalmente de Hermann Kahn y Anthony Wiener, autores de dos célebres libros («El año 2000» y «Hacia el año 2000»), también traducidos a nuestra lengua (21).

En «El año 2000», Kahn y Wiener, siguiendo en parte a W. W. Rostow, y para hacer la prospección de los crecimientos futuros, establecieron cinco categorías de países según los intervalos de rentas «per cápita» (en dólares de

La metodología prospectiva empleada por Kahn y Wiener fue en términos de proceso de información la más completa, por lo menos hasta el momento de la aparición de su obra (1967). El análisis de tendencias se fijó en trece variables, entre ellas población, constitución de élite entre la población, institucionalización del cambio, institucionalización de la investigación, alfabetización, educación, etcétera. Y tal vez lo más interesante es que estudiaron las posibilidades de crecimiento en tres diferentes hipótesis.

A la hipótesis de «mundo normal» corresponderían unos tipos de crecimiento que permitirían que el año 2000 todos los países, menos algunos situados en la categoría preindustrial fuesen avanzando hasta situarse en la escala en la forma que se detalla en el cuadro número 1.

(21) Herman Kahn y Anthony Wiener, «El año 2000», Revista de Occidente, Madrid, 1967; de los mismos autores y otros, «Hacia el año 2000», Kairos, Barcelona, 1967.

(20) Citamos de la versión francesa de su libro «Abundance et famine», Stock, París, 1971, pág. 17. Colin Clark se hizo conocido en el mundo de los economistas por su libro «The conditions of Economic Progress», cuya primera edición vio la luz en 1940. La tercera, de 1957 (Oxford Economic Press, Londres), sigue siendo un intento de medición en términos reales de la Renta Nacional en una larga serie de países, con comparaciones entre ellos e incluso con el mundo de la antigüedad.